

Whindeld: una nota de suicidio

Sekioz Niafre



Capítulo 1

A mis queridos hijos,

Cuenta la leyenda que hace miles de millones de años, en una galaxia del Grupo Local a veces conocida como Order Victrum, cohabitaban pacíficamente tres culturas, destacándose Bratxirus: constituyendo en su pequeño reducto la más antigua de las civilizaciones del lugar y, quizá por ello, la más avanzada tecnológicamente, nunca mostró ningún interés por expandir sus horizontes, consciente de los problemas de sobreexplotación asociados a la sobrepoblación, confinándose en su particular sistema solar, ni tampoco consideró oportuno invertir en defensa interplanetaria alguna, embriagada en su aislada tecnoutopía.

Aquella endogenia era sustentada mediante una estructura esclavista casi todopoderosa que consideraron amoral, al consistir en una maraña nanorrobótica alimentada por una esfera de Dyson y sincronizada vía una inteligencia artificial general que trataban como a igual, permitiéndoles recrearse en universos virtuales autocreados y libremente compartidos. Si ello no les hiciera suficiente etéreos, cabe mencionar que sus capacidades cognitivas les habían conferido el don de la telequinesis, perdiendo en sucesivas generaciones sus extremidades, así como la telepatía, dando lugar a un lenguaje universal y una compenetración tal que catalizó su progreso exponencialmente, llevándoles a prescindir de cualquier dependencia directa con la realidad física.

A los bordes de aquel nebuloso paraíso, como coronándolo, dos bastos imperios se derramaban amorfamente, cuyas fronteras fueron forjadas a golpe de sudor y sangre, respetando únicamente aquella suerte de dioses bañados en néctar y ambrosía como si de un Delos u Olimpo griego se tratara: sus escasos y sucintos encuentros tal admiración les habían infundido. Mas un extraño rumor había despertado la hibris de uno de ellos, Cronics: se decía que aquellos inmortales ya habían logrado descifrar todos los secretos de la vida, y no sólo su longevidad: si no se convertían en superguerreros y les sometían, no era por falta de capacidad, sino de interés.

Despertó esto las ambiciones de muchos, que fueron canalizadas en un prominente ejército dirigido por el incipiente estratega Gretorius, quien con facilidad logró capturar Bratxirus, no encontrando en el proceso resistencia ninguna: tanto fue así, que los más sabios de los cronics cuestionaron con cierta sorna quién había sido sometido, y si en verdad no fueron aquellos extraños e incomprensibles seres quienes con astucia insospechada los llamaron y sedujeron, apartándoles del recto camino de su fe, para serviles de ratas de laboratorio, aunque Gretorius atribuyera

semejantes tribulaciones a las aburridas mentes de unos viejos fanáticos enloquecidos y animara a todos a aceptar sin remilgos la modificación genética —la «divinificación», decía— que se les ofrecía; famosa fue la máxima: «yo no dudo de Gretorius, Gretorius me hace dudar de mí».

Huelga decir que ésto alarmo tremendamente a los terruwers, la pieza restante, decidiendo replegarse en el planeta Frimcus, sede central de su territorio, bajo las órdenes de su líder Yunjas. Suspical ante semejante movimiento, no obstante, y como análogamente haría mucho tiempo después el cartaginés Aníbal, Gretorius optó por conquistar primero el resto de la galaxia, rodeando Frimcus por completo. O eso creyó, pues al abalanzarse sobre ella fue recibido con los brazos vacíos, como ocurriría en un lejano futuro en la campaña de Elam de Senaquerib, extendiéndose rápidamente la intriga entre sus soldados. Breve tensión, sin embargo: todo aquel valioso tiempo que Gretorius invirtió en agotarse cercándolos, ellos lo dedicaron no sólo a ingeniarse una vía de escape aun secreta y oculta, sino también a plantar en el núcleo de su mundo un mecanismo por el cual éste estallaría con su invasión, arrasando en su camino la totalidad de sus tropas.

Aun con todo, los cronics no fueron los únicos en ser así sorprendidos: cuando los terruwers acudieron vengativos a Bratxirus, éstos ya habían desaparecido sin dejar el menor rastro, como si jamas hubiesen existido.

Analizando meticulosa y calmadamente, en su nueva y pequeña galaxia de Tryliswermius, los resultados del experimento, Rokhuyu me creó en la perfección genética. Su sueño, y luego el mío, era encontrar vida inteligente como la nuestra, sin tendencias bárbaras como las de nuestros ex-vecinos. Y así fue como eventualmente, representando a toda mi especie, emprendí el vuelo en la nave superlumínica que fabriqué para tal efecto, apodada Whirder.

No detallare aquí las muchas peripecias que viví con ella a lo largo de varios miles de millones años. Baste decir que tuve la tremenda suerte, en una de ellas, de hallar un planeta hoy llamado Terra durante el Bombardeo Intenso Tardío: la imagen me impacto tanto, que el lugar quedó señalado en mi paseo periódico por el universo a pesar de su carácter soso y apartado, localizado en una ramificación periférica de uno de los brazos principales de su galaxia, viéndola evolucionar poco a poco, e incrementando paulatinamente la frecuencia de mis visitas, hasta el punto de ausentarme actualmente únicamente en ocasiones especiales que aprovecho para abastecerme, como las navidades, tradición que con gran esfuerzo pude transmitir e implantar mediante mis hilos invisibles a dicho pueblo; logro personal que me llena de orgullo, si bien muchos considerarán más relevante haber sido la inspiración de sus profetas y poetas, ascetas y estetas, y, en fin, origen último de toda ciencia y saber,

pensar y sentir, cual musa definitiva.

Pese a todo, así como yo tuve que emprender mi viaje en solitario fuera del calor de Rokhuyu hace mucho, hoy le ha tocado el turno al Homo Sapiens Sapiens, con cuya autodenominación todavía se me escapa alguna risita: han sido muchas las alegrías y decepciones, y no voy a negar el haberme proyectado en ti y atribuir una voluntad de supervivencia férrea cuando en tu estado de cianobacteria superaste la etapa volcánica, entre otras tantas desventuras que te han llevado a tu actual adolescencia, narradas a mis compatriotas en inspiradoras alegorías de sacrificio, valor y esperanza en las que me derretía en halagos por ti, mi queridito bebecito, si bien la duda sobre si ésta era la especie pacífica pero inteligente que buscaba permanece. Mas mi corazón, ya anciano y exhausto, apenas aguanta los sustos que me da, niña de mis ojos. Escribo, pues, estas palabras de despedida como última reflexión por si pudieran evitar vuestra autodestrucción.

Con cariño,

Whindeld